

LOS PELIGROS DE LA INTELIGENCIA

POR

MARIO SORIA

De modo análogo a la criminología contemporánea, que tiende a ordenarse en escuelas antagónicas: una, que podemos llamar circunstancialista, según la cual delincuente y delito son tan sólo el resultado de las condiciones sociales, económicas, etc., anómalas en que vive un individuo, y la otra, biológica, versión más sutil (apoyada principalmente en las investigaciones genéticas) de las viejas teorías criminoantropológicas de Lombroso y sus discípulos; de modo análogo —decimos— se delinean dos tendencias frenológicas contrarias.

Determinar el origen de la inteligencia por factores hereditarios o determinarlo por la acción del mundo circundante, constituyen dos tesis que se combaten ferozmente entre sí, y no sólo debido a los celos y competencia naturales de los científicos, sino a causa de las consecuencias de toda índole, principalmente políticas, de ambas teorías. Así, por ejemplo, la etología del austriaco Conrado Lorenz (galardonado con el premio Nobel) choca frontalmente con la creencia en la igualdad radical de los hombres, en su educabilidad indefinida, en su capacidad inagotable de perfeccionamiento. Y no obedeció a distinto motivo que esta heterodoxia, la cólera con que fueran impugnadas las conclusiones del psicólogo Arturo Jensen, profesor de la universidad de Berkeley. En contra de esta escuela, que defiende la herencia psicológica, el circunstancialismo biológico pretende que la comprensión de la realidad y las facultades mentales que para ello se necesitan, son producto de la actividad del mundo exterior. La influencia del medio ambiente puede modificar ilimitadamente la estructura del cerebro y del sistema nervioso central, de igual manera que la "verdad" es la expresión en conceptos de la situación y los intereses de cada hombre y el resultado de un aleccionamiento continuo. Si la teoría primera se

apoya en el abate Médel y en una especie de neodarwinismo, con la otra renacen las desacreditadísimas tesis de Trófimo Lisenko, científico favorito de Stalin.

No vamos a fijarnos aquí en las contradicciones, peticiones de principio, sofismas, extrapolaciones de ambos sistemas, pues habría que exponerlos con una mayor extensión. Pero sí observamos que las dos escuelas conciben la inteligencia como mero producto de la materia, haciéndose con ello vulnerables a todos los reparos filosóficos pertinentes. Además, los antagonistas reducen por igual el acaecer psíquico, incluido el discurrir intelectual, a epifenómeno de los sucesos biológicos, con lo cual la mente deja de ser autónoma y activa, para convertirse en registradora pasiva de procesos. Estas especulaciones contradicen la experiencia íntima normal, pero también contradicen otro hecho probado cotidianamente: El hombre, a diferencia de los animales, y precisamente gracias a su razón siempre despierta e imaginativa, no está ligado de forma inescindible al medio ambiente donde vive, ni a lo que podemos llamar su espacio interior. No es una caja cerrada de tendencias, peculiaridades, destinos; tiene el atributo de estar abierto al mundo (*Weltoffenheit*, como dice Arnaldo Gehlen); pero es al propio tiempo independiente del mundo, absolutamente dispar de las cosas visibles y tangibles. Tal como lo definieron los griegos, participa de la naturaleza común y la supera: animal racional, ser activo, henchido de fantasía artística y utilitaria, capaz de usar de modo impredecible la realidad que lo rodea.

El biologismo y el circunstancialismo son incapaces de explicar las características más notorias del ser humano. Cuando intentan hacerlo, conviértense en lechos de Procusto. Por otro lado, lo que uno prueba minuciosamente, no menos minuciosamente el otro lo refuta: para todas las conclusiones hay experimentos, pruebas, estadísticas, teorías y hasta argumentos de autoridad. El guirigay es ensordecedor. En verdad, la discusión sólo puede zanjarla la filosofía. La ciencia ha demostrado al respecto la impotencia de sus presupuestos, métodos y resultados. Incluso la ciencia, teñida de consideraciones filosóficas y políticas, tal como en el caso del citado Lorenz y de otros etólogos y antropólogos.